El último fauno

Clemente Palma

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top

Todo lo había invadido la religión cristiana desde hacía mucho tiempo. Los dioses del Olimpo habían renunciado honrosamente a la inmortalidad en la Tierra. El orgulloso Júpiter ¿para qué había de vivir si no había de reinar? Y lo mismo Venus, Saturno, Diana y Marte. Toda la excelsa raza abandonó la Tierra; unos dioses se embarcaron en el navío de Argos y fueron a cruzar los negros mares del abismo; otros fueron a llorar su destierro, sentados en el carro de la Osa, recorriendo el amplio camino de la Vía Láctea; y no pocos ocuparon un sitio en la barca de Carón, el viejo bogador de la Estigia.

Los sátiros, envejecidos y degenerados, en vano trataron de sostenerse en las umbrías de los bosques; la nueva mitología triunfaba en todo el orbe; los pobrecillos eran arrojados hacia el Bóreas por la invasión. Algunos, en un arranque de altivez, se ahorcaron en las encinas de un monasterio. Otros quisieron capitular, y se pusieron al habla con San Antonio; le enviaron un mensajero que dijo al santo: «Yo soy un mortal como tú y uno de los habitadores de los bosques que los paganos

adoran bajo el nombre de faunos, sátiros e íncubos. Vengo en este momento a ti, enviado por mis semejantes, para suplicarte que intercedas por nosotros al Dios común». Nada. Fue en vano este intento de conciliación, que enterneció a San Antonio «hasta hacerle derramar lágrimas». En la nueva religión eran detestados, y las cándidas vírgenes del cristianismo los rechazaron. ¿Cómo admitir a esos lúbricos profanadores de la virginidad, a esos verdugos de la castidad, a esos silvestres y brutales apologistas de las glorias rojas del Falo? Los pobres faunos, empujados por la repugnancia del nuevo espiritualismo, fueron subiendo hasta el polo y allí murieron ahogados entre los témpanos, devorados por los osos blancos, y no pocos asesinados por los runoyas, que no podían ver, dada su sangre fría de anfibios, las pícaras costumbres y desenfrenos de esos hijos del Sur.

Las ninfas de Diana encontraron refugio en las poéticas selvas de la Germania y cambiaron de nombre. ¿No conocéis a Loreley, no conocéis a las hadas? Pues son ellas…

Las ondinas, sirenas y nereidas se ocultaron en sus palacios de nácar y perlas. De vez en cuando, alguna ondina se asoma a una ventana y mira hacia arriba, creyendo ver a través de las aguas glaucas la quilla del barco de Ulises… Y cómo se trueca en iracunda la curiosa mirada al ver la hélice rugiente de un *steamer*, y, asomando por las bordas, la cara placentera de una lady o la faz rojiza de un contramaestre fumando en pipa…

De esa gran catástrofe, que convirtió el Olimpo en una montaña solitaria, quedó un faunillo que contaba dieciséis años, quien, por razones que no es del caso referir, no pudo seguir la vertiginosa carrera de los dioses y se vio obligado a quedarse en la tierra, en medio de los intrusos. A medida que el tiempo pasaba, crecía su odio hacia aquellos invasores que le dejaron huérfano, que sacrificaron su juventud anhelosa de amores, condenándole al aislamiento, a la vida oculta y a las fugas precipitadas. Las pastoras huían de él haciéndose cruces; los guardadores de ganado le perseguían, como se persigue al lobo, agitando los cayados y tirándole piedras. El

faunillo recordaba aquellas alegres cacerías de ninfas y de pastoras, aquellas gloriosas fiestas de Baco, aquellas saturnales, en las que en loca ronda, danzaban en torno de la estatua de Sileno. ¡Qué hermosos tiempos aquéllos! Nocherniego y solitario, cruzaba las campiñas, atravesaba desiertos, ascendía montañas y vadeaba ríos buscando a sus hermanos, que habían desaparecido para siempre. Y los siglos corrían…

En su peregrinación veía a veces cruzar por las ventanas de algún castillo feudal a las hermosas castellanas, y una fulguración de cólera y deseo brotaba de sus ojos. Otras noches se había detenido por un rato para contemplar desde una colina las siluetas vaporosas de las monjas de algún convento gótico, proyectadas por la luz sacra del coro. Más de una vez, alguna pastora desvelada había visto asomarse por la ventana de su cabaña una cara hermosamente diabólica en la que brillaban unos ojos encandilados. —¡El lobo!— había exclamado, ocultándose entre las sábanas. No, no era el lobo, era el pobre fauno errante, el expulsado de la nueva

civilización, que acechaba el sueño de las mujeres jóvenes y bellas. Al día siguiente los gañanes, armados de picos y horquillas, salían a perseguir al imaginario lobo. En muchas ocasiones estuvo el faunillo a punto de perecer entre los dientes de una jauría o de caer atravesado por el venablo de algún caballerete entregado a los placeres cinegéticos, que le había tomado por un venado o jabalí. Sólo la rapidez de su carrera pudo salvarle.

Así, en esta vida aventurera y nocturna, comiendo dátiles en los desiertos y bellotas en los bosques, bebiendo la leche de las cabras montaraces y el agua de los arroyos, cruzando sierras, bosques y llanuras, costeando las ciudades, pasando a nuevos continentes, huyendo de los hombres y persiguiendo a las mozas incautas que tenían la imprudencia de salir de noche (él fue el padre de esa generación de íncubos que alarmaba a los teólogos de la Edad Media), vio transcurrir cerca de treinta siglos.

Por fin, una tarde llegó a la orilla del mar y vio frente a la costa un islote. De pronto tuvo una agradable sorpresa: vio en él formas humanas

que le recordaron las antiguas fábulas y hasta creyó oír el inolvidable ¡Evohé! de Anacreonte… Se arrojó al mar y fue nadando, como cuando cruzaba los lagos de la Arcadia. Efectivamente, debajo del islote vivían muchas ondinas que recibieron locas de alegría al joven rezagado de la muerta Mitología.

* * *

Las ursulinas, huyendo de los calores ciudadanos, habían ido a pasar el verano a un monasterio de la orden, que tenían a orillas del mar. ¡Qué batahola formaban las jóvenes novicias, retozando alegres sobre la playa solitaria! Las muchachas daban tregua a las maceraciones y severidades de la vida mística, y sentían hervir bulliciosa en sus venas la sangre inquieta de una infancia no lejana. Figuraos que la mayor de las novicias no tenía veinte años. Vestidas de baño bajaban la pequeña colina. Albas como las santas hostias, parecían una resurrección de los tiempos del peplo. Las habríais creído, al verlas bajar en formación, serias y púdicas, catorce Cimodeceas conducidas al circo para que sus

carnes vírgenes fueran devoradas por los leones. Pero una vez en la playa, las hubierais tomado por catorce vestales que hubieran enloquecido por habérseles extinguido el sagrado fuego del ara. La hermana Ágata de la Cruz (entre ellas se denominaban con los nombres que pensaban adoptar el día de la profesión), rubia, resplandeciente, con sus veinte años de pureza dedicados a los santos ensueños, era la más endiablada y juguetona. Toda la playa parecía alegrarse con sus carcajadas cristalinas, con sus bromas inocentes, sus carreras y movimientos llenos de gracia y ligereza. Sus carnes, castamente veladas por la capa de baño, se estremecían al entrar en el agua con la ascensión paulatina del frío. ¡Qué hermosa se ponía cuando cruzaba las manos y apretaba los dientes a cada caricia brutal de la ola! Y la pálida Lucía del Sagrario, siempre con los ojos bajos, pero fulgurantes, como si llevara detrás de las pupilas una luminosa visión beatífica. Y Ana del Corazón de Jesús con sus ojazos negros, profundos y apasionados, y unos labios que parecían hechos con sangre de fresas y granadas. Y Rosa del Martirio, un poco gorda, pero

admirablemente modelada, rebosando salud por sus frescas mejillas. Y Teresa de los Dolores, nerviosa, enfermiza, pero expresiva y graciosa en todos sus movimientos. Y todas, todas eran hermosas, la que no con la hermosura prestigiosa del rostro, con la belleza del cuerpo o con la gracia del movimiento; todas eran bellas con el perfume inefable de la pureza, con el atractivo incomparable de la juventud. Nada más adorable que ese grupo de niñas saltando, riendo, gritando, chapaleteando entre las olas, burlándose de las caricias del mar, que salpicaba con sus espumas todos esos encantos ofrendados piadosamente a la Divinidad. Las hermanas Ágata, Rosa y Ana eran las más valientes y atrevidas, pues se aventuraban a alejarse de la playa en peligrosos ejercicios de natación, seguras de domar con su audacia, las audacias del océano.

Entretanto, la madre Clara, sentada a la sombra de una roca, leía devotamente en su libro de horas, y levantaba con frecuencia la cabeza, bien para sonreír a alguna de las novicias que le dirigía alguna zalamería, bien

para reprender suavemente a otra que había dicho algo vagamente pecaminoso, bien para observar con inquietud a las atrevidas nadadoras o bien para consultar la hora en un modesto relojillo de acero.

El joven fauno, desde su lejano islote, veía la agitación de todos estos cuerpos puros y bellos. Las caricias de las ondinas, frías como peces, helaban todo apasionamiento. ¡Oh, cómo habían cambiado! No eran ya las amorosas y vehementes siervas de Calipso. No eran siquiera como esas cristianas, cuya austera religión le había dejado huérfano. A la vista de ellas, toda la sangre que fermentaba en él hacía veinte siglos le habló al oído inspirándole innobles deseos: todas las truhanadas de su estirpe le acudieron a la cabeza y recordó los raptos fáunicos en las penumbras del bosque.

Una mañana vio a las tres nadadoras cerca del islote. El fauno cogió un pulpo y nadó por debajo del agua hacia el sitio en que, tranquilas y descuidadas, nadaban charlando y riéndose las tres jóvenes religiosas.

De pronto, Ágata vio una sombra que se movía debajo de ella, se volvió asustada, quiso huir, llamó a sus compañeras, pero ya era tarde. Unos brazos viscosos y fríos se prendieron a sus lozanas pantorrillas, impidiéndola todo movimiento; gritó desesperada, hizo esfuerzos inauditos, se debatió con toda la energía que da la perspectiva de una muerte horrible en plena juventud, todo fue en vano. Los tentáculos, sembrados de ventosas de los pulpos, seguían subiendo y entorpeciéndole todo movimiento. Loca de terror, comenzaba a sentir el desfallecimiento de la muerte, cuando una faz hermosa y joven, como la de un Cristo marino, se juntó a su rostro. Volvió Ágata a la vida, y, llena de esperanza, se confió a su salvador, acallando con cierto íntimo goce el pudor que sentía de verse en brazos de un hombre. ¡Qué diría la madre Clara! Pero cuando la impresión mortal que recibiera se fue desvaneciendo un poco, notó que el joven la llevaba mar adentro. Quiso detener a su guía:

—¿A dónde me llevas? El faunillo contestó:

—Cristiana, bajo esta faz juvenil llevo veinte siglos de desesperación. Mírame bien: soy un fauno, el último de mi raza. Durante veinte siglos he buscado vanamente una mujer amable. No ha llegado… hasta hoy. Te he espiado, cristiana, te he espiado, y al verte tan hermosa se ha incendiado mi corazón en amor. Te amo, cristiana, te amo; eres más bella que las hijas de la Grecia difunta. Eres mía, y bendigo los veinte siglos de sufrimiento que he pasado; te he sorprendido en el mar, como sorprendían mis hermanos a las pastoras en la selva. Te llevaré a una isla solitaria; arrullaré tu sueño con las canciones del viejo Anacreonte… ¡Ámame, cristiana, ámame!

¿Qué pensó la espiritual hermana Ágata de la Cruz? Se encontraba en medio del mar. Allá, muy lejos, estaba la madre Clara, rodeada de las novicias, a quienes habían llevado sus dos compañeras la noticia de su muerte, devorada por un monstruo marino; las veía pequeñitas, las cabezas no más grandes que cabezas de alfileres…

Veía sobre la colina el monasterio, la casa de Jesús, el Bien Amado. Aquí, junto a ella, estaba

el fauno, apasionado, hermoso, tembloroso de amor con lágrimas en los ojos, ofreciéndole un cariño que había fermentado veinte siglos… Los faunos no pertenecían a la raza de los judíos. Se habría dejado morir mil veces antes que consentir que la tocaran un cabello las manos de un judío, manos asesinas, manos enrojecidas con la sangre divina del Salvador. ¿Qué más pensó la espiritual hermana Ágata de la Cruz?… Después de un rato de silencio y de reflexión, la novicia comprimió ligeramente el hombro del fauno, y con voz tímida, que traducía sus escrúpulos, le dijo:

—Júrame, fauno, que creerás en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

—Te lo juro, cristiana.

Y el fauno, con su valiosa carga, loco de alegría, siguió nadando hacia una isla que vagamente se bosquejaba en el horizonte. Media hora después habían perdido de vista la tierra, pero llegó a los oídos de Ágata el sonido lúgubre de la campana del monasterio que doblaba por ella. Entonces oró, y dos lágrimas ardientes cayeron sobre la espalda blanca y tersa del faunillo. Y siguieron nadando.

* * *

El *Gulf of Christiania*, de la P. S. N. C., de 7.000 toneladas de desplazamiento, capitán Pfeiffer (noruego), dos máquinas, 18 millas de andar, 104 metros de eslora y 19 de manga, llevaba un cargamento de carbón para California, e iba a todo vapor conduciendo a su bordo 183 pasajeros. Entre ellos se contaba Sara Bernhardt, la egregia artista, una compañía de saltimbanquis, seis sacerdotes, y una pareja de recién casados. He aquí lo que pasó:

Turanio, el clown, un clown francés que había hecho furor en Nueva York por la donosura de sus saltos mortales y lo estrambótico de sus gestos, había cogido uno de los anteojos, y, recostado sobre la barandilla, escudriñaba el mar imitando los gestos del piloto. Sara Bernhardt leía, por centésima vez, *Las memorias de Sara Barnum*, libelo que escribió contra ella María Colombier… ¡Qué gracioso era Turanio! La recién casada se reía hasta derramar lágrimas. De pronto, Turanio, haciendo una pirueta de terror cómico, exclamó:

—¡Un tiburón blanco!…

En efecto, allá lejos, se veía algo que vagamente parecía el dorso de un pez blanco, que aparecía y se ocultaba constantemente. Stirno, el otro clown, llegó con una nariz descomunal, armado de una carabina inglesa de balas explosivas. Las carcajadas atronaron el buque: se entabló la disputa. Turanio afirmaba haber visto un tiburón blanco, y Stirno juraba como un condenado que aquello era un lobo viejo, que estaba blanco de canas. El modo de convencerse era darle caza (Sara Bernhardt lo propuso); Stirno se echó la carabina a la cara y estuvo acechando el momento en que apareciera el monstruo. Todos los pasajeros rodearon al tirador. A Sara le brillaban los ojos de entusiasmo; la recién casada se tapó los oídos y parpadeaba nerviosamente, esperando la detonación. Pasaron cinco, diez, quince segundos.

—¡Pum!…

Hubo un hurra formidable y la ilustre actriz aplaudió frenéticamente al ver agitarse la mancha blanca. Pero después llegó el vapor al sitio y todos los pasajeros se inclinaron sobre

las bordas para ver al lobo o tiburón. Cuando llegaron, encontraron dos cuerpos humanos atravesados por la bala explosiva del gracioso Stirno. ¡Pero qué ojazos de asombro y espanto abrieron la afamada Sara y los pasajeros! De todos los labios salió este grito:

—¡¡Oh!!…

Así fue como murieron la hermana Ágata de la Cruz y el último fauno.

FIN

cuentos infantiles
https://cuentosinfantiles.top